

El anillo del pastor.

Había una vez un pastor que apacentaba su rebaño en los campos que rodean a Roma. Por la noche, retiraba las ovejas del redil, comía una poco de pan y queso, se tendía sobre la paja y dormía. De día, siempre fuera con las ovejas y el perro, con sol o tramontana, agua o viento. Lejos de casa durante meses y meses, siempre solo. Es dura la vida del pastor.

Una noche, cuando se iba a acostar, oyó una voz que le llamaba.

- ¡Pastor! ¡Pastor!

- ¿Quién es? ¿Quién me llama?

- Amigos, pastor, amigos.

- La verdad es que, aparte de mi perro, no tengo muchos amigos. ¿Quién es usted?

- Sólo un caminante, pastor. He andado durante todo el día y tengo que caminar todo el de mañana. Yo no tengo dinero para trenes. Me he quedado sin cena y provisiones. He pensado que a lo mejor tú...

- Entre y siéntese. No tengo más que pan y queso. La leche no falta para beber. Si se da por contento, sírvase.

- Gracias, eres muy generoso. Buen queso este. ¿Lo has hecho tú?

- Con mis propias manos. El pan es un poco viejo, hasta mañana no me lo traerán fresco. Si fuese ya mañana por la noche...

- No te preocupes, este pan también es excelente. Cuando se tiene hambre es mejor el pan pasado hoy que el fresco mañana.

- Veo que está al tanto de los problemas del estómago.

(fragmento)
Gianni Rodari
italiano

Despierta el valle de Azapa. La camioneta corta veloz el fresco del amanecer. Olor a tierra húmeda envuelve el paisaje, se escurre por las hojas de los plátanos, y se desparrama por entre los huertos.

Pasan diez, veinte kilómetros. De pronto el camino se lanza contra los cerros que encajonan el valle y, con parsimoniosas curvas, sube a una larga planicie que termina en la seca y pedregosa quebrada de Camarones, llamada sí por la abundancia de enormes cactus candelabros, a los que se denominan cardones. Dicha quebrada sería en extremo interesante y pintoresca, si el áspero camino que la torna aburrida y cansadora, permitiera disfrutar del panorama.

Al fin, a unos cien kilómetros de Arica, salimos a otra pampa a cuyo término está el paradero de Zapahuira, a corta distancia del caserío prehispánico del mismo nombre, apartado del camino. Arqueológicamente este sitio tiene mucho interés por la abundancia de cementerios indígenas en sus alrededores. También existen allí tambos antiguos, cuyas camas, fabricadas con una mezcla de tierra y piedras, se mantienen hace siglos. Subiendo, es el primer sitio donde se encuentran cultivos en andenes.

Unas tazas de café, una breve revisión del vehículo, y nos lanzamos a trepar los veinte kilómetros que nos separan del portezuelo de Chapiquiña, situado mil cuatrocientos metros más arriba.

Ahora la vegetación es abundante. Entre el ichu, llamado también paja brava, y la tola, asoma la cúpula verde de pequeñas yaretas. Y la queñua, ese atormentado árbol de las grandes alturas, se insinúa aquí como un arbusto. Rebaños de llamas ramonean por cerros y barrancos salpicados de flores silvestres. A la distancia, manchas de alfalfa cultivadas en terrazas brillan como jade en la falda gris de los cerros. Y desde la cumbre, envuelto en espuma, el río Lauca se despeña de cascada en cascada.

15

30

42

56

71

83

97

107

121

125

141

153

164

176

188

204

214

229

241

248

261

279

292

304

317

334

347

(fragmento)
Alfredo Wormald
chileno

FRONTERA NORTE

Despierta el valle de Azapa. La camioneta corta veloz el fresco del amanecer. Olor a tierra húmeda envuelve el paisaje, se escurre por las hojas de los plátanos, y se desparrama por entre los huertos.

Pasan diez, veinte kilómetros. De pronto el camino se lanza contra los cerros que encajonan el valle y, con parsimoniosas curvas, sube a una larga planicie que termina en la seca y pedregosa quebrada de Camarones, llamada sí por la abundancia de enormes cactus candelabros, a los que se denominan cardones. Dicha quebrada sería en extremo interesante y pintoresca, si el áspero camino que la torna aburrida y cansadora, permitiera disfrutar del panorama.

Al fin, a unos cien kilómetros de Arica, salimos a otra pampa a cuyo término está el paradero de Zapahuira, a corta distancia del caserío prehispánico del mismo nombre, apartado del camino. Arqueológicamente este sitio tiene mucho interés por la abundancia de cementerios indígenas en sus alrededores. También existen allí tambos antiguos, cuyas camas, fabricadas con una mezcla de tierra y piedras, se mantienen hace siglos. Subiendo, es el primer sitio donde se encuentran cultivos en andenes.

Unas tazas de café, una breve revisión del vehículo, y nos lanzamos a trepar los veinte kilómetros que nos separan del portezuelo de Chapiquiña, situado mil cuatrocientos metros más arriba.

Ahora la vegetación es abundante. Entre el ichu, llamado también paja brava, y la tola, asoma la cúpula verde de pequeñas yaretas. Y la queñua, ese atormentado árbol de las grandes alturas, se insinúa aquí como un arbusto. Rebaños de llamas ramonean por cerros y barrancos salpicados de flores silvestres. A la distancia, manchas de alfalfa cultivadas en terrazas brillan como jade en la falda gris de los cerros. Y desde la cumbre, envuelto en espuma, el río Lauca se despeña de cascada en cascada.

(fragmento)
Alfredo Wormald
chileno

El día fue ardiente y húmedo. Alargadas y espesas nubes azules se ciernen sobre amarillento y pálido cielo del ocaso. Gravitando inmóviles y extrañas, se aureolan de un fulgor cárdeno y oro cada vez más mortecino. El aire está extraordinariamente límpido y quieto, y todo él saturado, hasta la saciedad, del graso y tibio olor de las hojas maduras que fermentan y de la tierra húmeda que pudre los despojos del bosque.

Al oriente, más allá del angosto valle, por sobre otros cerros, se yergue la visión de las cordilleras nevadas. Las altas cumbres están en sombras. La nieve en ellas es de un blanco verdoso, pálido y sutil. El invisible sol poniente bañe, de la inmensa mole andina, sólo la base de las laderas abruptas que arden en un rojo carmesí, acusando en rasgos netos, de un contraste violento, las caprichosas quebradas llenas de profundas sombras violetas. Lentos suben hacia lo alto de los rayos del sol.

Las nieves se encienden, y mientras por la base de las montañas, con cendales de bruma, trepa, azul, la noche, a esa hora todos los valles de Chile se iluminan lentos con el resplandor de las altas nieves lejanas. Es una luz rosa, suave e incierta, como la primera que fluye, débil, de las lámparas encendidas al crepúsculo.

Las cordilleras lentamente se apagan. Grises, parecen aún más lejanas. Detrás de ellas, con una suavidad inenarrable, en marea avasalladora, la noche asciende con sus aguas sutiles, de un indefinible verde azul, pleno de quietud y transparencia.

Y han nacido y brillan innumerables estrellas.

En el aire lavado por la lluvia, hasta a los astros más pequeños se los distingue con claridad. Todos resplandecen nítidos. Parece que esa noche la alumbrara un número doblemente infinito de mundos desconocidos.

(fragmento)
Pedro Prado
chileno

ATARDECER

El día fue ardiente y húmedo. Alargadas y espesas nubes azules se ciernen sobre amarillento y pálido cielo del ocaso. Gravitando inmóviles y extrañas, se aureolan de un fulgor cárdeno y oro cada vez más mortecino. El aire está extraordinariamente límpido y quieto, y todo él saturado, hasta la saciedad, del graso y tibio olor de las hojas maduras que fermentan y de la tierra húmeda que pudre los despojos del bosque.

Al oriente, más allá del angosto valle, por sobre otros cerros, se yergue la visión de las cordilleras nevadas. Las altas cumbres están en sombras. La nieve en ellas es de un blanco verdoso, pálido y sutil. El invisible sol poniente bañe, de la inmensa mole andina, sólo la base de las laderas abruptas que arden en un rojo carmesí, acusando en rasgos netos, de un contraste violento, las caprichosas quebradas llenas de profundas sombras violetas. Lentos suben hacia lo alto de los rayos del sol.

Las nieves se encienden, y mientras por la base de las montañas, con cendales de bruma, trepa, azul, la noche, a esa hora todos los valles de Chile se iluminan lentos con el resplandor de las altas nieves lejanas. Es una luz rosa, suave e incierta, como la primera que fluye, débil, de las lámparas encendidas al crepúsculo.

Las cordilleras lentamente se apagan. Grises, parecen aún más lejanas. Detrás de ellas, con una suavidad inenarrable, en marea avasalladora, la noche asciende con sus aguas sutiles, de un indefinible verde azul, pleno de quietud y transparencia.

Y han nacido y brillan innumerables estrellas.

En el aire lavado por la lluvia, hasta a los astros más pequeños se los distingue con claridad. Todos resplandecen nítidos. Parece que esa noche la alumbrara un número doblemente infinito de mundos desconocidos.

(fragmento)
Pedro Prado
chileno

La casita de caramelo.

5

Había una casita de caramelo.

11

Tenía las paredes de turrón.

17

El techo era de chocolate.

23

Las puertas y las ventanas de caramelo de menta.

30

Los muebles eran de caramelo de fresa.

41

Menos el colchón de la cama que era de chicle.

50

Un día llovió.

52

Y la casa se deshizo dulcemente, poquito a poco.

56

63

67

La casita de caramelo.

Había una casita de caramelo.

Tenía las paredes de turrón.

El techo era de chocolate.

Las puertas y las ventanas de caramelo de menta.

Los muebles eran de caramelo de fresa.

Menos el colchón de la cama que era de chicle.

Un día llovió.

Y la casa se deshizo dulcemente,
poquito a poco.